

Horizontes de la Cultura

Evolucionismo Y Espíritu

por Diego Mirán

Uno de los más inquietantes pensadores contemporáneos es Teilhard de Chardin. Sacerdote, su vocación por la antropología humana lo llevó a la biología, cuyas relaciones con la teología —en busca de un sólido nudo filosófico entre ésta y aquélla— buscó a través de una vasta bibliografía. Sobre todo los problemas que el evolucionismo planteaba a la ortodoxia tuvieron un lugar primordial en el pensamiento de este hombre de ciencia a quien no siempre se miró, desde la Iglesia, con buenos ojos. Ingresar al sistema elaborado por él, sin embargo, requiere de una introducción clara y precisa, y eso es lo que nos ofrece un tomito que en la colección "Testigos del Siglo XX" ha puesto en circulación la Editorial Fontanella: "Teilhard de Chardin", por N. M. Wildiers, Barcelona, 1963.

En suma, el pensamiento del Padre De Chardin se presenta como una solución de la dicotomía ciencia-fe, que viene a ser la de Mundo-Dios. En el curso de la historia se ha recurrido —según él— al ardid de suprimir uno de los dos términos de la alternativa, en tanto la que elige se decide por la determinación de las profundas y vitales relaciones entre ambos polos: de ahí que en un momento dado fuera objeto de la acusación de postular un cierto panteísmo. La novedad de esta teología es que echa mano de vocablos y nociones de la ciencia más reciente, pues su autor consideraba que la nomenclatura tradicional constituía más un obstáculo que un medio de acceso del hombre a la disciplina de la fe. Bien se ha dicho que al perseguir la comunión con Dios mediante el mundo, De Chardin realizó el ideal de hacer de éste un templo.

El principio y la ley de la evolución de las especies no sólo han ido conquistando a los científicos desde 1859, en que fueron enunciadas por Carlos Darwin, sino que se han transmitido tanto a las ciencias físicas cuanto a las del espíritu. Teilhard de Chardin no optó por el fácil camino de la condenación. Su lucubración amplió el horizonte del evolucionismo y distinguió que el biológico era apenas un aspecto del universal o cósmico, proceso éste de desarrollo del mundo en su totalidad, en el cual —al decir de Julian Huxley— el hombre no está puesto como una estatua en su pedestal sino como una flor en el tallo. Desde la nebulosa primitiva, la tierra y la vida han ido de la materia inorgánica a la orgánica, de los organismos más simples a los más complejos, de éstos al hombre, y del hombre pura y simplemente, por la evolución de la conciencia reflexiva, al hombre espiritual. Es la capa de "noosfera" que el pensador descubre envolviendo el globo terráqueo. El proceso prosigue su marcha hacia el acabamiento final, que será la "humanización progresiva de la Humanidad", tal cual lo afirma "Le Christ évoluteur". Es un crecimiento espiritual: no para el superhombre sino para la super-humanidad basada en la simpatía y el amor, en la socialización de los bienes materiales y los espirituales. ¿Anulación de la persona? De ninguna manera: "Super-socialización, en el caso del Hombre —dice Teilhard de Chardin—, no puede significar sino super-personalización".

La teología adviene entonces en el sistema: el proceso psíquico y espiritual determina una esfera, y ésta pide un centro; ese centro lo proporcionará una religión de tipo crístico que hará un universo cristificado. Aquí la teoría alcanza las alturas de la mística, a las que se ha elevado desde el origen del planeta, desde la más elemental forma aparecida en la nada. La introducción de Wildiers permite seguir el desarrollo de las ideas de Teilhard y proporciona el necesario conocimiento previo a la lectura de sus numerosos libros. Como tal, es muy valioso.